

FRONTERAS FRAGMENTADAS

Gail Mummert
Editora



EL COLEGIO DE MICHOACÁN
CIDEM

ÍNDICE

FRONTERAS FRAGMENTADAS, IDENTIDADES MÚLTIPLES <i>Gail Mummert</i>	11
VISIONES DEL TRANSNACIONALISMO Y DE LA VIDA TRANSNACIONAL	
EL RETO DE LA GLOBALIZACIÓN: RECONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES, FORMAS DE VIDA TRANSNACIONALES Y LAS CIENCIAS SOCIALES <i>John Gledhill</i>	23
REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN, EL ESTADO Y LA CONSTRUCCIÓN, DURABILIDAD Y NOVEDAD DE LA VIDA TRANSNACIONAL <i>Robert C. Smith</i>	55
LAS LOCALIZACIONES DEL TRANSNACIONALISMO <i>Luis Eduardo Guarnizo y Michael Peter Smith</i>	87
DIVERSIDAD DE FORMAS DE VIDA EN ESPACIOS TRANSNACIONALES	
“¡A LA AVENTURA!”: JÓVENES, PANDILLAS Y MIGRACIÓN EN LA CONEXIÓN MONTERREY-HOUSTON <i>Rubén Hernández León</i>	115
FAMILIAS TARASCAS EN EL SUR DE ILLINOIS: LA REAFIRMACIÓN DE LA IDENTIDAD ÉTNICA <i>Warren D. Anderson</i>	145
LA INTEGRACIÓN DE LOS INGENIEROS Y CIENTÍFICOS MEXICANOS EN SILICON VALLEY <i>Rafael Alarcón</i>	167
TRANSNACIONALISMO Y FRAGMENTACIÓN: UN ACERCAMIENTO A TRABAJADORES AGRÍCOLAS MIGRANTES MEXICANOS <i>Carlos Buitrago y Eva Villalón Soler</i>	185

FORJANDO NOCIONES DE MEXICANIDAD

LA INVENCION DEL IMAGINARIO DEL MÉXICO

ARTÍSTICO-REVOLUCIONARIO, 1920-1934

Alicia Azuela

197

ESTUDIOS TRANSNACIONALES Y CIUDADANÍA TRANSNACIONAL

Federico Besserer

215

FORMAS DE EXPRESIÓN EN UNA COMUNIDAD TRANSNACIONAL:

CINCO DE MAYO MEXICANO Y CHICANO

EN LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

Mariángela Rodríguez

239

TRANSMIGRANTES, ORGANIZACIONES TRANSNACIONALES Y EL ESTADO

“EL OTRO LADO”

Moisés Cruz

265

PROMOVIENDO IDENTIDADES: LAS RELACIONES DEL ESTADO MEXICANO CON LAS
COMUNIDADES DE ORIGEN MEXICANO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Carlos González Gutiérrez

271

EL ESTADO MEXICANO Y LAS ORGANIZACIONES TRANSMIGRANTES:

¿RECONFIGURANDO LA NACIÓN Y LAS RELACIONES ENTRE

ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL?

Luis Goldring

297

POLÍTICA SIN FRONTERAS O LA NACIONALIDAD POSTMODERNA:

LOS EMIGRANTES ENTRE MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

Arturo Santamaría Gómez

317

APRENDIENDO AQUÍ Y ALLÁ

LA NEGOCIACIÓN ENTRE DOS CULTURAS: ADAPTACIÓN Y RESISTENCIA

DE LATINAS CON RESPECTO A LA EDUCACIÓN DE SUS HIJOS EN CHICAGO

Irma Olmedo

341

LA EDUCACIÓN EN LA EXPERIENCIA MIGRATORIA DE NIÑOS MIGRANTES

Gustavo López Castro

359

LA PERTENENCIA A DOS CULTURAS: UN APRENDIZAJE PARA LA VIDA

Cristina Bottinelli Cardoso

375

IGLESIAS SIN FRONTERAS

- MIGRANTES Y CONVERSOS RELIGIOSOS: CAMBIOS DE IDENTIDAD CULTURAL
EN EL NOROESTE DE MICHOACÁN
Miguel Hernández Madrid 393
- LA CONVERSIÓN DE INMIGRANTES MEXICANOS
AL PROTESTANTISMO EN CHICAGO
Lindy Scott 405

RELACIONES FAMILIARES Y DE GÉNERO EN REDEFINICIÓN

- DISEÑANDO NUEVAS IDENTIDADES. LAS UNIONES MATRIMONIALES
ENTRE LOS MIGRANTES MIXTECOS EN TIJUANA
Françoise Lestage 421
- MATRIMONIOS MIXTOS Y MIGRACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS:
NUEVAS TENDENCIAS
Jorge Durand y Enrique Martínez Curiel 437
- “JUNTOS O DESAPARTADOS”: MIGRACIÓN TRANSNACIONAL
Y LA FUNDACIÓN DEL HOGAR
Gail Mummert 451
- LA REPRODUCCIÓN DE RELACIONES DE GÉNERO EN LA COMUNIDAD
DE MIGRANTES MEXICANOS EN NEW ROCHELLE, NUEVA YORK
Victoria Malkin 475

CONSUMIDORES DE OBJETOS CULTURALES

- EQUIPAJE CULTURAL: OBJETOS, IDENTIDAD Y TRANSNACIONALISMO
EN GUERRERO Y CHICAGO
Judith A. Boruchoff 499
- LA INDUSTRIA SALVADOREÑA DE REMESAS
Sarah J. Mahler 519
- EL MARIACHE COMO PARTÍCULA DE IDENTIDAD EN EL NORTE
Álvaro Ochoa Serrano 545

FRONTERAS E IDENTIDADES EN VILO	
FRONTERAS FRAGMENTADAS, FRONTERAS REFORZADAS	
<i>Michael Kearney</i>	559
VIAJES NO UTÓPICOS EN GRINGOLANDIA: LOS MIGRANTES MEXICANOS COMO PIONEROS DE CAMBIOS CULTURALES GLOBALES	
<i>Matthew C. Gutmann</i>	573
ACERCA DE LOS AUTORES	585
ÍNDICE ANALÍTICO	593

“JUNTOS O DESAPARTADOS”: MIGRACIÓN TRANSNACIONAL Y LA FUNDACIÓN DEL HOGAR

Gail Mummert

Introducción

La creciente literatura académica sobre las relaciones de género y familiares entre migrantes parecería contradecirse en cuanto a la dirección de los cambios producidos cuando hombres y mujeres, padres e hijos deben interrelacionarse en nuevos contextos sociales y culturales. En el caso latinoamericano, mientras que unos estudios declaran el triunfo de mujeres migrantes sobre la autoridad patriarcal característica de esas sociedades, otros encuentran una enconada persistencia o reproducción de identidades e ideologías de género “tradicionales”.¹ En parte, las discrepancias en los hallazgos se deben a diferencias profundas entre las situaciones migratorias analizadas; las características de los migrantes mismos, la naturaleza de su inserción en la economía y sociedad anfitriones, los procesos socioeconómicos mayores en los cuales se enmarcan los desplazamientos y las desigualdades e ideologías de género prevaecientes pueden arrojar desenlaces muy distintos. En este sentido, elaborar comparaciones que exploren estas diferencias en las experiencias migratorias sistemáticamente es una tarea pendiente.

No obstante, en gran medida las aparentes contradicciones en estas dos posiciones extremas son atribuibles a conceptualizaciones y abordajes diferentes tanto de las dinámicas internas del grupo familiar como de cambios en las relaciones familiares. Como analista es importante explicitar nuestra posición metodológica y evitar que nuestras propias agendas políticas tergiversen los significados que las mujeres y los hombres estudiados dan a las prácticas culturales observadas.

Este artículo propone contribuir al debate sobre procesos de cuestionamiento de las relaciones de género, generacionales y familiares y su redefinición por parte de los actores sociales involucrados en procesos migratorios. A diferencia de la vasta mayoría de los estudios sobre los flujos México-Estados Unidos que miden el cambio comparando las relaciones conyugales en parejas individuales antes y después del movimiento migratorio, o en uno y otro contexto, en este estudio etnográfico y generacional² consideraremos protagonistas tanto los

1. Entre los primeros, *cf.* por ejemplo Hondagneu-Sotelo (1994) y Grasmuck y Pessar (1991). Malkin (1999) representa la segunda posición.
2. Este artículo se alimenta de una investigación iniciada en 1991 sobre cambios en la estructura y organización familiares en un contexto de emigración masculina, trabajo asalariado femenino y comercialización de la

migrantes como sus familiares no migrantes. Además intentaremos situarlos en el marco de las estructuras mayores (redes de parentesco, relaciones comunitarias, condiciones de los mercados laborales en los que se insertan) que posibilitan al mismo tiempo que constriñen sus acciones. Nos centraremos en cómo la construcción de “un hogar” –en términos tanto materiales como ideales– ha experimentado modificaciones a través de las prácticas culturales adoptadas por dos generaciones de pobladores de una comunidad rural michoacana profundamente marcada por la emigración masiva hacia los Estados Unidos desde los años sesenta.

Iniciaremos con una reflexión metodológica sobre la elección de esta óptica para explorar posibles cambios en relaciones de género e intergeneracionales. En un segundo apartado daremos un panorama somero de los principales procesos de cambio socioeconómico que ha vivido el poblado de estudio, destacando las etapas de la emigración hacia los Estados Unidos. En esta sección se plantea la relación entre el cambio socioeconómico y el cuestionamiento de ciertas prácticas culturales. Después se analizan los patrones residenciales en sí, distinguiendo para cada generación la elección de la morada inicial y los tipos y motivos de subsecuentes cambios residenciales. Este examen de arreglos residenciales dará pie para considerar las cambiantes nociones del deber ser de los esposos(as), padres (madres), e hijos(as) y su influencia en la fundación del hogar. Finalizamos con reflexiones sobre migrantes, campos sociales transnacionales y la construcción del hogar.

Arreglos residenciales, la fundación del hogar y cambios en relaciones familiares

Entre las muchas decisiones que enfrenta una pareja recién formada, la elección del lugar de residencia y los esfuerzos por fundar un hogar son trascendentales para el proyecto de vida que irá construyendo dicho matrimonio a lo largo de los años. A partir de ella, se desprenden como en cascada otras decisiones referidas a la procreación y educación de los hijos, la adquisición o construcción de una vivienda, y la forja de un patrimonio familiar –todas formando parte de uno o más proyecto(s) de vida. Las acciones y actitudes de cada cónyuge y de los demás miembros del grupo familiar en estos asuntos serán guiadas por identidades y relaciones de género social y culturalmente construidas. Por ende, la observación y reconstrucción mediante testimonios de los distintos protagonistas sobre esta serie de decisiones resultan ser una ventana privilegiada para el estudio de relaciones de género y generacionales. En contextos marcados por procesos migratorios, estas decisiones frecuentemente se ven influidas por el surgimiento de nuevas opciones, las cuales pueden o no ser vislumbradas y elegidas por los

agricultura en Quiringüicharo, un poblado agrícola del Valle de Ecuandureo en el noroeste de Michoacán. Se basa en un intensivo trabajo de campo etnográfico y en entrevistas a profundidad con sus pobladores, particularmente en 212 entrevistas realizadas tanto en Quiringüicharo como en las dos zonas de concentración de migrantes originarios de este poblado: Chicago y en el Valle Central de California (entre 1991 y 1994). Agradezco la invaluable colaboración de Alejandra Camarena Ortiz en la realización de las entrevistas y en la sistematización de los datos que sustentan este ensayo.

actores sociales. En otras palabras, las experiencias migratorias abonan un terreno de por sí fértil para el cuestionamiento de identidades y relaciones de género, abriendo la posibilidad de observar y documentar modificaciones en las concepciones de diversos miembros del grupo familiar respecto a su posicionamiento dentro del conjunto, y a sus derechos y sus obligaciones *vis-à-vis* los demás.

Concibo al grupo familiar³ como un conjunto de personas emparentadas entre sí quienes toman acciones –motivadas tanto por intereses como por emociones– encaminadas a su reproducción material y social. Normalmente viven bajo el mismo techo, pero los procesos migratorios generan casos frecuentes de separación física más o menos prolongada. Las relaciones intrafamiliares están sujetas a una jerarquía de relaciones de poder con base en la edad y el género, las cuales implican un acceso diferencial a recursos estratégicos. Por ende, prestamos particular atención en nuestra etnografía a escuchar y distinguir las voces –disidentes o concordantes– de esposos y esposas, padres e hijos, suegros y nueras o yernos respecto a una secuencia de decisiones claves para la marcha cotidiana del hogar así como para sus planes a largo plazo. Partimos de la premisa de que dichas voces tienen un peso diferencial en las negociaciones intrafamiliares sobre estos asuntos vitales, reflejado en identidades y relaciones de género en constante forcejeo y redefinición.

El estudio generacional consiste en contrastar el proceso de elección del lugar físico de residencia y la creación de un hogar para la familia procreada entre parejas formadas en los años cincuenta y sesenta con los matrimonios formados por sus propios hijos en los años ochenta y noventa. En lo que sigue identificaremos a los primeros como “la primera generación” y a los segundos como “la segunda generación”.⁴ Compararemos los participantes y formas de participación en la decisión de residir en el pueblo, en otra parte de México o en los Estados Unidos; los lugares de residencia de los diferentes integrantes del grupo familiar; y las maneras de concebir y establecer “el hogar”. Veremos que dicha concepción puede diferir entre esposo y esposa o entre padres e hijos, desencadenando jalones para tratar de justificar y hacer valer el punto de vista de unos y otros. Enseguida, nos adentraremos en las implicaciones de la decisión de dejar a la esposa e hijos en el rancho, de mandarlos llamar para visitar o quedarse a residir en Estados Unidos, o de volver al pueblo de origen de manera escalonada o en grupo, de forma temporal o definitiva.

3. Sigo en esta conceptualización a Hartmann (1981), Rouse (1989) y Wolf (1990).

4. Entre julio y octubre 1997, se realizaron 27 entrevistas a 29 personas de las dos generaciones (18 de la primera generación y 11 la segunda) sobre sus experiencias migratorias, centrándose en las decisiones respecto al lugar de residencia y a la fundación del hogar. Se profundizó en el caso de tres grupos familiares con entrevistas a integrantes claves de las dos generaciones (algunas de las cuales fueron hechas en el período 1991-1994) con la finalidad de captar sus diferentes puntos de vista. Por supuesto los nombres que aparecen junto a citas ilustrativas en este texto son ficticios.

Procesos de cambio socioeconómico en Quiringüicharo

Próspera y dinámica comparada con la mayoría de las otras localidades del valle agrícola de Ecuandureo en el noroeste michoacano, Quiringüicharo es una población mestiza de alrededor de 2,700 habitantes.⁵ Además de la agricultura de riego y de temporal, la economía del valle depende en gran medida de remesas enviadas por sus migrantes en Estados Unidos y de los salarios devengados por mujeres en la agroindustria regional. Quiringüicharo ha vivido en forma dramática los tres procesos de cambio que han afectado profundamente las formas de vida y de interacción social de familias rurales del valle desde los años sesenta.

En primer lugar, la emigración al Norte –vuelta masiva en los cuarenta– se ha constituido en un pilar de la economía local, dinamizando tanto la agricultura comercial como la construcción y mejoramiento de casas. Segundo, con la apertura de plantas empacadoras de fresas en el vecino valle de Zamora a partir de 1965, se dio un proceso de incorporación de mujeres rurales (sobre todo solteras) a este tipo de empleo asalariado estacional. En 1997 más de doscientas jovencitas de todos los sectores sociales salían en camiones de Quiringüicharo a trabajar en las congeladoras de frutas y verduras de la región. Para ellas, se trata de un rito de pasaje, una ocupación femenina “natural” durante el lapso entre la salida de la escuela primaria y el matrimonio.⁶ Tercero, con la perforación de ocho pozos de riego en tierras ejidales y de pequeña propiedad de Quiringüicharo a partir de 1979, los lugareños participaron en un proceso de comercialización y mecanización de la agricultura local así como de mayor integración en mercados regionales de insumos y productos agrícolas. Claramente, el impacto combinado de estos tres procesos de cambio socioeconómico en la vida cotidiana de esta localidad es complejo y variable según estratos socioeconómicos, géneros y cohortes. En otros escritos he abordado ciertas aristas de dicho impacto de procesos entrecruzados y de largo plazo.⁷ En esta ocasión profundizaré en el más añejo de los tres procesos de cambio, el migratorio, para situar las decisiones referentes a la fundación del hogar tal como se presentan en las mentes de los protagonistas: en campos sociales transnacionales.

La emigración al Norte

Aunque las salidas de pobladores de Quiringüicharo al Norte cuentan con una larga historia, cambios importantes en los destinos, volumen y características de los migrantes, sus motivos y consecuencias a lo largo del siglo XX nos obligan a distinguir las grandes etapas de esa emi-

5. El Censo de Población y Vivienda de 1990 registró 2,642 habitantes. En un censo realizado con el auxilio de los jefes de manzana en mayo 1991 en el marco de mi investigación mayor contabilizamos 2,528 residentes y 493 migrantes.

6. Para un análisis de las modificaciones en los espacios y papeles femeninos que trajo aparejado la entrada masiva de mujeres a este tipo de empleo asalariado extradoméstico, cf. Mummert (1994).

7. Por ejemplo, en Mummert (1992) se exploran impactos recíprocos de la inserción familiar en mercados de trabajo extralocales y la organización doméstica.

gración. Desde luego dichas etapas están claramente vinculadas con coyunturas históricas específicas (particularmente con respecto a la legislación inmigratoria estadounidense), pero no consideramos a los migrantes como seres que únicamente responden a los vaivenes de las políticas estadounidenses y de la situación económica mexicana. Al contrario mostraremos que forjan estrategias, crean redes de apoyo familiares y comunitarias y luchan por multiplicar sus opciones en el marco de cambiantes situaciones sociales, políticas y económicas.

Como se aprecia en el Cuadro 1, la emigración desde este poblado se puede caracterizar en cinco grandes etapas. Los pocos emigrantes durante las primeras décadas del siglo procedían sobre todo de algunas familias acomodadas allegadas al hacendado o bien eran trabajadores expulsados de la hacienda debido a problemas con “los amos”. El verdadero despegue de la tradición migratoria ocurrió en los años cuarenta y fue alentado por dos fenómenos interrelacionados: la demanda de mano de obra agrícola en el noroeste mexicano y el programa bracero que enganchaba a trabajadores desde centros de acopio en México y los mandaba allende la frontera. Ambas oportunidades de empleo atraieron a muchos jefes de familia que enfrentaban el reto de mantener a una numerosa prole con los inciertos ingresos de la agricultura temporalera. La sequía que azotó la región en 1957-1958 alimentó aún más los flujos de emigrantes quienes eran fundamentalmente hombres casados que se encaminaban hacia el valle central de California. Como resultado de circunstancias locales, nacionales e internacionales, entonces se instala con mucha solidez un cierto patrón migratorio y perfil de migrante: jefe de familia de edad adulta que iba solo, de manera circular por períodos que variaban entre meses y un par de años, y con la consigna de acumular dólares para la manutención familiar y –en el mejor de los casos– para alguna meta generalmente ligada a la agricultura.

A fines de los sesenta, se registró un cambio de rumbo: los migrantes originarios de este pueblo se enfilaron hacia Chicago por la noticia de que las posibilidades de empleo eran abundantes y el control por parte de las autoridades migratorias menor que en California. Conforme cada vez más migrantes obtenían la residencia legal (generalmente por la vía de una carta del empleador o matrimonios “de conveniencia”), se dieron condiciones propicias para el inicio de procesos de reunificación familiar. En efecto, los años ochenta se caracterizaron por un incremento sustancial en la migración familiar y femenina. La llamada “Amnistía” (Ley Simpson-Rodino o IRCA promulgada en 1986) reforzó la práctica de que el jefe de familia con papeles llevara a su familia ilegalmente y solicitara su residencia legal.

Para los migrantes que salían de su pueblo a edades cada vez más tempranas, el trabajo en el sector industrial o de servicios de Chicago era a todas luces preferible a las labores agrícolas en California. Durante esta etapa, la aventura de ir al Norte se convirtió en un rito de pasaje masculino de adolescentes desilusionados con el estudio y las pocas perspectivas para conseguir un empleo digno que tenían algunos de sus vecinos y parientes profesionistas. El desprecio por el estudio se nota en estas palabras de un joven migrante: “¿Para qué estudiar tanto año, si al final [los profesionistas] se van para allá y trabajan como cualquiera de nosotros?” Con excepción de una soltera que se fue al norte en 1970, las primeras mujeres no

CUADRO 1
ETAPAS DE LA EMIGRACIÓN DESDE QUIRINGÜICHARO, SIGLO XX

Etapa	Años	Destinos	Marco legal	Estatus legal migrantes	Volumen, edad y sexo migrantes	Composición estrato social migrante	Motivos para emigrar
Pioneros	1900-1939	California principalmente	No había más control en la frontera que el pago de unos centavos para pasar	La mayoría sin papeles, pero no había mucho control de migración. Casos excepcionales de ciudadanos por ser nacidos en E.U.A.	Pocos casos. Hombres adultos principalmente y unas cuantas mujeres	Personas allegadas a hacendados que "tenían el modo" y personas que tenían quienes les prestara dinero para el viaje	Algunos eran "desterrados" de la hacienda sin posibilidades de residir y trabajar en la región
Enganchados	1940-fines años setenta	California Arizona Noroeste de México (Baja CA. y Sonora)	Contrataciones por periodos cortos bajo el programa bracero (1942-1964)	Permanecían con permisos temporales de 6 meses. Algunos cruzaban "de alambre" y otros se quedaban más allá del periodo autorizado	Aumento núm. La gran mayoría eran hombres casados	Algunos ejidatarios, pequeños propietarios; otros sin tierras	Aunque tuvieran tierras, sólo eran de temporal. 1957-1958. Sequía, no hubo siembras y la gente no tenía qué comer. Años decisivos para que muchos hombres emigraran
Cambio de rumbo	Fines años setenta -1979	California Inicio de migración más fuerte a Chicago		La mayoría sin papeles. Primeros residentes legales por vía de cartas del empleador o matrimonios blancos	Hombres y algunos casos de mujeres que fueron con sus esposos	Inicio salida hombres más jóvenes y solteros. Ejidatarios e hijos de ejidatarios	Inicio patrón de jefe de familia "arreglado" de llevar a familia (s/papeles). En Chicago más fuentes de trabajo y menos persecución por INS que en California
Migración familiar y femenina	1980-fines años ochenta	Chicago desplaza a CA como principal destino. Surgimiento de "El Rancho" en suburbios de Chicago.	IRCA (1986) "Amnistía"	Esposos tramitan residencia para esposa e hijos por amnistía. Estancias más largas.	Hombres y primeras mujeres solteras	Reunificación familiar (muchas veces esposa e hijos sin papeles) Con estudio y sin estudio	Estrategia arreglar a toda la familia menor de 18 años. Rito de pasaje, aventura para jóvenes. Preferencia por trabajo no agrícola en Chicago
Instalación más permanente. Surgimiento de proyectos de vida fincados en E.U.A.	Finales de los ochenta-1997	Chicago principalmente. California. En menor proporción, algunos otros estados de E.U.A.	Discusiones en legislaturas de México y E.U.A. sobre la no pérdida de la nacionalidad Nueva Ley 1997 Restricciones de servicios a ilegales y legales	Inicio de trámites de ciudadanía en E.U.A. entre familias más establecidas en CA y Chicago. Incremento en ciudadanos por nacimiento.	Incremento en migración de jóvenes menores de 18 años y mujeres (tanto solteras como casadas).	Hijos de ejidatarios y de exmigrantes	El cura aconseja que la pareja debe vivir juntos. Estrategia para "arreglar" a los padres y familiares para que puedan optar por visitar o residir. Solicitar ciudadanía para no perder ayudas del gobierno estadounidense. Mantener abierta la opción de migrar.

casadas emigraron a principios de los años ochenta. Muchas de ellas tenían experiencia laboral asalariada en las empacadoras de la región, hecho que facilitó el que vieran como una opción seguir los pasos de hermanos, padres y tíos en busca de mayores ingresos en el Norte. En algunos casos sus salidas eran motivadas por desilusiones amorosas en un “mercado matrimonial” desequilibrado por la fuerte emigración masculina en edad casadera.

El patrón migratorio en los noventa es radicalmente distinto al descrito para los sesenta. Podemos resumir las tendencias de cambio a lo largo de las generaciones así: un incremento secular en la proporción de familias del pueblo con miembros migrantes; una ampliación de los sectores sociales participantes (no es una opción limitada ni a los más acomodados ni a los más necesitados); la incorporación de grupos de edad más jóvenes (en el caso de los varones incluso apenas salidos de la escuela primaria); la incorporación de mujeres tanto casadas como solteras; el desplazamiento de California por Chicago como destino predominante y el surgimiento de algunos otros destinos; y una mayor permanencia de familias completas en el Norte, ligado al surgimiento de proyectos de vida transnacionales que contemplan residencia, propiedades y a veces ciudadanía estadounidenses al mismo tiempo que el mantenimiento de vínculos con la localidad de origen.

El lugar de residencia inicial

La primera generación

Entre los matrimonios formados en las primeras décadas de éxodo de migrantes (los cincuenta y los sesenta), los contrayentes no percibían más que una opción en cuanto al lugar en donde la nueva pareja residiría: la novia “sabía” que ella y su nuevo esposo residirían con sus suegros. Era un destino que la recién casada no cuestionaba, se resignaba. Explica una mujer casada en 1963: “Si lo llevaban a uno a vivir con la suegra, aunque uno no estuviera de acuerdo se quedaba callado”. Como se refleja en esta cita, la decisión sobre el lugar de residencia inicial le competía únicamente al marido, quien no veía más opción que en el solar de sus padres. Cuando mucho, según el nivel de vida de los suegros, la nueva esposa podía aspirar a ocupar una esquina del cuarto común o en el mejor de los casos, su cuartito independiente en el solar. María, quien fue de las nueras afortunadas, describe gráficamente esta situación de apretada convivencia generacional y entre concuñas:

Yo sí conocía a algunas familias con un puro cuarto grande; tenía dos nueras, y la señora y sus hijos. En un rincón una nuera, en otro la otra y los muchachos ahí en el suelo y ellos dormían en la cocina. Así era más allá, no crea que nomás ellos, muchos. Mi suegro, no; tenía sus casas bien grandes aunque eran de adobe. A todos nos dieron un cuartito.

Las parejas unidas en aquella época no vislumbraban otras opciones debido a dos tipos de factores entrelazados: uno económico y otro cultural. En primer lugar, la falta de independencia económica no permitía pensar en erigir una vivienda aparte para los recién casados: los hombres solían trabajar la tierra de manera colectiva con sus padres y/o hermanos. La cosecha de maíz –producto y símbolo del trabajo colectivo del grupo familiar– se almacenaba en la casa paterna y era repartida cotidianamente a los distintos hijos casados bajo el control de la madre.

A esta relación de dependencia económica se aunaba una ideología de obligación moral de obediencia y deferencia hacia los padres, inclusive entre los hijos casados. Más de una nuera lamentaba la imposibilidad de apartarse de los suegros por obediencia, aún después de muchos años y una vez alcanzada cierta solvencia económica –generalmente gracias a la emigración. Invariablemente, la figura mencionada a la cual se debía absoluta obediencia y respeto a sus deseos era la madre de su esposo. Las palabras de una nuera de la primera generación recalcan el grado de control que ella percibía ejercía su suegra sobre su marido: “Su mamá nunca lo dejó salir. Les decía que mientras ella viviera no quería que ningún hijo se saliera pa’ comprar un solar”.

Este control se extendía también a otros satisfactores básicos. Una nuera recordaba amargamente que su marido le entregaba a su propia madre el dinero de la pareja y la suegra le compraba a la nuera hasta la ropa de estreno para las fiestas religiosas más importantes de la región:

Mi esposo trabajaba en junta las tierras con su familia y lo que sacaba se lo daba a su mamá. Ella era la que se encargaba de comprar lo de la comida; bueno a mí me mandaba a los mandados, pero ella me daba el dinero. Era de que a mí como esposa me hubiera dado mi dinero para yo comprar lo que hubiera querido, pero nada. Se lo daba a su mamá.

Es importante destacar que la decisión sobre el lugar de residencia se tomaba en el contexto de la poca comunicación que caracterizaba a los matrimonios de la primera generación. Los noviazgos eran furtivos y típicamente se llevaban a cabo por carta, de manera que la pareja no tenía realmente oportunidades de conocerse antes del matrimonio. Como explica una mujer casada a los 16 años:

No platicábamos sobre dónde íbamos a vivir, ni platicábamos. Noviamos por carta. Yo nunca platicué con él. Cuando yo iba a la leña a casa de una señora que se llamaba Elena, era donde me entregaban las cartas que él las dejaba para que me las diera a mí. Me decía Elena: “Ay, chiquita, ahí te tengo una carta”. Y era como se comunicaba la gente con los novios.

Otras mujeres de la misma generación reiteran la falta y dificultad de comunicación en frases similares: “Con trabajos, sí platicábamos.” No obstante que no fuese tema de discusión

entre marido y mujer el lugar de residencia, no significaba que la futura esposa no hiciera la reflexión. La mayoría de ellas respondían que pensaba o sabía que el esposo iba a llevarlas a casa de sus padres a vivir. Como resume una mujer de la primera generación: “Aquí la que se casaba se iba a vivir con los suegros. No tenía nadie casa de recién que se casaba”.

La segunda generación

En contraste, los matrimonios unidos en los años ochenta y noventa, cuando la emigración masiva dejara huella en la construcción de viviendas por parte de hombres solteros para su futuro hogar, hipotéticamente visualizan un amplio abanico de opciones en cuanto al posible lugar de residencia (véase diagrama 1). Dicho abanico nuevamente es producto de una compleja madeja de cambios que podrían catalogarse tanto económicos como culturales. Desde luego, la gama concreta de opciones que percibe una pareja como a su alcance depende de su situación familiar y de su ubicación con respecto a redes de apoyo más amplias así como de condiciones macroestructurales.

La primera decisión concierne si residirán juntos o separados debido a la emigración de alguno de los dos. En términos generales, el miembro ausente es el varón, pero se han dado un par de casos de esposas migrantes, dejando al marido en “el rancho”.⁸ A diferencia de la práctica bastante arraigada en los matrimonios de la primera generación según la cual el esposo migrante dejaba a la esposa “depositada” y al cuidado de los padres de él al partir para el Norte, hoy algunos matrimonios jóvenes consideran una opción viable la de residir juntos en Estados Unidos. Esta decisión conjunta es particularmente común entre aquellas parejas en las cuales por lo menos uno de los contrayentes ya era migrante. Vivir en el Norte comprende como posibles destinos una de las zonas donde se concentran los paisanos en California o Chicago o incluso en otra zona. Entre aquellos matrimonios que optan por establecerse juntos en Quiringüicharo, algunos cuentan desde antes de la boda con una vivienda propia, producto de años de ahorros del trabajo asalariado en el Norte. Si bien sigue vigente la tradición de vivir en la casa paterna del novio, se dan también casos de elección de la casa paterna de la novia o bien de una casa rentada o prestada.

Ante este abanico de posibilidades, ¿por cuál optan las parejas y cómo toman la decisión? Partiendo de las actas matrimoniales registradas por el sacerdote de la localidad entre 1991 y 1995, registramos los casos de las doscientas parejas unidas en dicho lapso y les preguntamos a informantes claves sobre el lugar de residencia inicial de cada una. Según indica el Cuadro 2, dos terceras partes de las parejas residían inicialmente juntos y una tercera parte

8. Ambos casos de emigración de la esposa han estado asociados a una situación de deterioro de la relación conyugal, en la cual ella –apoyándose en hijos y hermanos– toma la decisión de salir de la localidad. Los habitantes históricamente se han referido a ésta como “el rancho”, para indicar su tamaño menor a la cabecera conocida como “el pueblo”. Su abandono del esposo es duramente criticado por la mayoría de la población.

separados. Destaca la persistencia de la costumbre de vivir los dos juntos en casa de los padres del novio (como fue el caso de 3 de cada 4 parejas que optaron por residir en la localidad o alguna localidad aledaña), pero surge una posibilidad residencial nueva: la emigración de la nueva pareja hacia Estados Unidos (18%). Sorprendentemente para algunos observadores, esta alternativa no se restringe a migrantes con papeles; también se dan casos de traslados de mujeres y niños burlándose los controles del Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos, con el costo y riesgo adicional que ello implica.

CUADRO 2
QUIRINGÜICHARO, MICHOACÁN
LUGAR DE RESIDENCIA INICIAL DE MATRIMONIOS FORMADOS EN 1991-1997

Año	Juntos						Separados				Totales	
	Quiringüicharo*		En México		E.E.U.U.		Totales		Esposo E.U.A./ Esposa en Q.			
	%	%	Fuera del municipio	%	%	%	%	%	%	%	No.	%
1991	11	38			7	24	18	62	11	38	29	100
1992	9	43	3	14	3	14	15	71	6	29	21	100
1993	25	64	1	3	7	18	33	85	6	15	39	100
1994	17	50	4	12	5	15	26	76	8	24	34	100
1995	10	30	4	12	6	18	20	61	13	39	33	100
1996	5	18	2	7	3	11	10	36	18	64	28	100
1997**	7	44	1	6	4	25	12	75	4	25	16	100
Total	84	42	15	7	35	18	134	67	66	33	200	100

*Incluye algunos casos de residencia en otras poblaciones del mismo municipio.

**Sólo registra bodas hasta abril.

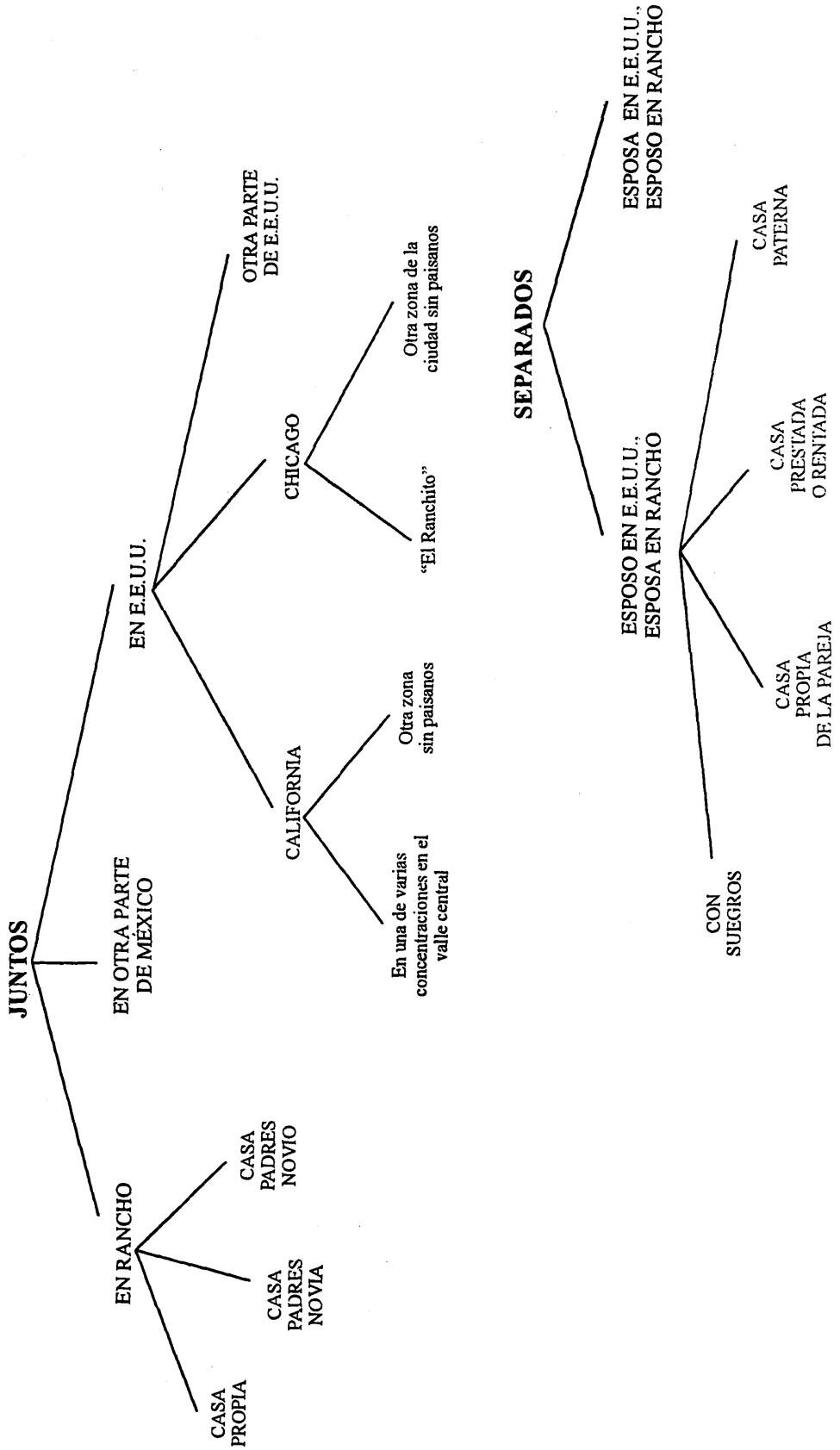
Fuente: Información sobre matrimonios: actas matrimoniales del año correspondiente del Archivo Parroquial de Quiringüicharo, Michoacán. Información sobre el lugar de residencia inicial: cinco informantes claves (mujeres de dos generaciones definidas en el texto).

Al explorar los diversos casos de parejas de migrantes que deciden estar juntos a pesar de la costumbre y de las enormes dificultades u obstáculos, indagamos los múltiples motivos aducidos por ellos mismos y sus familiares. Varios de los motivos mencionados reiteradamente son producto de procesos migratorios que han abarcado a varias generaciones; cada uno refleja cambiantes prácticas culturales en el seno de estas familias rurales. Aquí detallaremos tres de esos motivos.

1. Vivencias de hijos de padre migrante

Muchos migrantes actuales son a su vez hijos de padres migrantes, conscientes de las ventajas y desventajas económicas y emocionales que ello encierra. Desde los casos más extremos de abandono por parte del padre hasta los que eran ausentes de la convivencia diaria pero apoyaban económicamente a la familia, sus hijos suelen expresar su convicción de no querer reproducir los aspectos negativos de este alejamiento. Daniel, un migrante de retorno, es típico en su comentario: "Mi papá nos abandonó un tiempo. Yo no quiero que mis hijos pasen por eso".

DIAGRAMA 1
ABANICO DE OPCIONES DE RESIDENCIA PARA MATRIMONIOS, 1997



A su vez, el párroco local (en funciones desde 1991) es crítico en su discurso sobre “el padre de cheque”:

Pensamos que no se puede crear una familia si no están los papás. Entre nosotros muchas veces se delega a la madre, a la esposa para que cuide de los hijos y muchas veces el padre de familia se desatiende. A veces con un poquito –vamos a decir– de ironía en decir a la esposa: “tú encárgate de ellos, yo con que te mande dinero, ya es suficiente mi tarea, mi trabajo”. Nosotros sabemos que no, falta la presencia del papá, falta su autoridad, falta su afecto, falta crear relaciones de amistad antes que mantener hijos... y crear cierta autoridad por el hecho de dar el alimento o el sustento.

2. Experiencias amargas de mujeres cuyos esposos establecieron un segundo frente allende la frontera o que sufrieron la pena negra con la suegra

Otro efecto generacional se ve reflejado en los lamentos de muchas esposas de migrantes que se quedaron en el pueblo, a la espera de la carta con noticias y/o cheque, de la llamada por teléfono, de la anhelada visita ocasional del cónyuge. Es frecuente que, como reflexión retrospectiva, ellas consideren haber llevado una vida como si hubieran sido viudas. El dramático testimonio de una esposa de la primera generación es elocuente al respecto:

Yo he sufrido mucho con este hombre porque él siempre ha andado en el Norte, casi desde recién casados. El no ha estado aquí cuando he tenido a mis hijos... La verdad, sí me arrepiento porque estar así es como si no tuviera marido. Yo una vez sí le reclamé; le dije que yo ya no quería seguir viviendo así, que se quedara o que me llevara, pero no quiso. Es que él allá tiene otra mujer. A mí me lo han dicho.

Otra esposa de migrante que sospecha que su marido tiene otra mujer y familia en los Estados Unidos lamenta que cuando el marido la llamó, ella no se quiso ir. Su reticencia se debió a que el marido le proponía llevarse sólo a la hija más pequeña y encargar los dos mayores a su suegra. Paulatinamente marido y mujer se fueron distanciando en lo afectivo, y durante algunos años él falló a sus responsabilidades de manutención. Arrepentida de no haber respondido a la llamada del esposo y del triste desenlace de su matrimonio, esta madre aconsejó a su vez a su hija adolescente quien se casó con un migrante que no dudara en respetar el deseo de éste de acompañarlo a Chicago. Este tipo de transmisión de experiencias vividas en carne propia a las generaciones posteriores ha contribuido a nuevas concepciones de la conyugalidad, la paternidad y la maternidad. Edith, esposa y madre de migrantes, ilustra tal tipo de impacto:

Ora no se casan si el muchacho no tiene casa. Mis hijos están en el Norte... el mayor ya está haciendo su casa. Dice que él no se casa hasta que no tenga un lugar pa' meter a su esposa. Yo le digo que hace bien porque uno sufre mucho con la suegra.

3. Consejos explícitos de figuras de autoridad de residir juntos en México o en el Norte

En la actualidad hay padres que aconsejan a sus hijos e hijas de vivir juntos, aduciendo que el matrimonio implica una cotidianeidad que sólo estando físicamente juntos se logra. Los consejos pueden convertirse en imposición, como en el caso relatado por el padre de un migrante casado en los noventa:

Mi hijo cuando se casó y que dijo que se iba a ir pa'allá, me quería dejar aquí a la mujer. Entonces yo lo llamé pa'allá afuera y le dije: Pos sabe mi hijo de que ya uste' se casó; ya tiene mujer. Entonces hágame favor de que arregle pa' llevársela con uste' porque un matrimonio debe de estar junto, así que se la lleva.

La madre del joven en cuestión agregó: “Yo también estuve de acuerdo en que se la llevara porque es mucha responsabilidad tener a alguien así. Lo mejor es que vivan juntos y estén al pendiente uno del otro”. La renuencia a hacerse cargo de la nuera expresada por esta pareja de sesenta y tantos años refleja el resquebrajamiento de la socialización estrecha de la novia en un grupo familiar dedicado a la agricultura que se ha producido conforme los hijos casados se alejen del trabajo agrícola. Asimismo hace explícita la preocupación de los suegros por la fidelidad de su nuera ante las tentaciones que puedan surgir en ausencia del hijo y su rechazo a convertirse en guardianes del honor familiar.

El sacerdote residente en el rancho desde 1991 es otra figura de autoridad que hace eco de la posición a favor de la coresidencia de la pareja; su opinión pesa mucho en las conciencias de sus feligreses. Al preguntarle por los consejos que da a las parejas recién casadas, explicó:

Nosotros les aconsejamos que el matrimonio es un sacramento para vivir juntos, unidos. Si hay alguien que se casa para vivir aparte, les decimos (que) no tiene mucho sentido su matrimonio... Nosotros aconsejamos que de ser posible estén juntos, sea aquí o sea allá. Si el muchacho por no tener trabajo tiene que partir allá, le aconsejamos que se lleven a su esposa para que no la dejen aquí a la tutela de los suegros o solas simplemente.

Tiene la misma posición frente a la llamada de una esposa al Norte:

Cuando alguna mujer viene a consultarme porque el esposo la manda llamar a que se vaya con él allá, mi consejo es: vete. Porque cuando los matrimonios comienzan hay peligro de deshacerse. En un matrimonio joven donde acaban de casarse es muy importante la presencia física. Es importante estar juntos los dos... Que ya cuando son matrimonios grandes no es tanta la presencia física.

Ramón, un exmigrante de 72 años, resume admirablemente el sentido de uno de los principales cambios generacionales en el lugar de residencia inicial:

Antes cuando pensaba casarse la gente, no pensaba en dónde iba a vivir; en lo único que pensaba era en que le dijera que sí y ya para vivir después veríamos... aunque fuera debajo de un árbol. Ahorita ya no se usa eso. Ahorita las piden y les tienen que hacer su casa antes de que estén casados. Ellas ponen esa condición y antes ¿cuál pedían? Antes lo que esperaba casi toda la gente era que saliera lo de la cosechita para poderse casar, porque de ahí era de donde iba a salir lo de la fiesta.

Aunque su percepción del cambio está sin duda exagerada con relación a la realidad objetiva, en la hipérbole se halla su particular visión de las cambiantes prácticas culturales que él mismo ha observado durante su larga vida. Claramente alude al aumento en el nivel de vida de la población en general con respecto a épocas anteriores cuando la vasta mayoría de los pobladores vivían más al día, asegurando sus necesidades básicas y –a lo mucho– las excepcionales como una boda. Enseguida, al atribuirles a las mujeres la exigencia de una casa propia para aceptar casarse, Ramón resalta su apreciación del poder de negociación que ellas han conquistado en el “mercado matrimonial”. A todas luces, un soltero que tenga experiencia migratoria y su casa propia construida con dinero del Norte resulta ser un mejor partido, puesto que con él la muchacha “no va a sufrir”. Como ilustra la cita anterior de una madre de hijo migrante que planea no casarse sino hasta tener casa propia construida con los frutos de su trabajo en el norte, un fenómeno percibido por unos como exigencia femenina para otros es decisión y convicción masculina.

Claramente en la actualidad diversos sectores de la población masculina y femenina están enviando mensajes culturales que cuestionan la conveniencia de seguir respetando la tradición de residencia patrivirilocal para los recién casados y que justifican la neolocalidad. Al mismo tiempo, la emigración ha proporcionado los medios materiales para alcanzar esta meta de independencia. Pero, como muestra el hecho de que esta posibilidad material ha estado al alcance de muchos migrantes desde hace más de una década, aunque procesos de cambio socioeconómico pueden crear condiciones propicias para modificaciones en prácticas culturales, éstas no se producen automáticamente. Cuando ocurren, se dan gradualmente: ciertos individuos o capas de la sociedad prueban nuevas conductas que serán criticadas por unos y emuladas por otros. La elección del lugar de residencia inicial de la pareja en Quiringüicharo ilustra precisamente el proceso lento y tortuoso de la forja de nuevas prácticas culturales.

Cambios de residencia de la pareja casada

¿Cuáles factores motivan y explican los cambios de residencia de las parejas de ambas generaciones? Indudablemente, un análisis fino de los a veces múltiples cambios de lugar de residencia, los

cuales en el caso estudiado implican frecuentemente el cruce de fronteras internacionales, requeriría de un minucioso estudio del curso de vida de los grupos familiares. Tal enfoque permitiría vincular las decisiones individuales o de pareja con las circunstancias específicas del grupo familiar y la coyuntura histórica; es decir, la intersección de los tiempos individual, familiar e histórico como postula Hareven (1987). Sin embargo, dicha tarea rebasa los límites y pretensiones de este estudio. Hemos recurrido alternativamente a algunos testimonios recabados con mujeres y hombres de ambas generaciones de tres grupos familiares durante entrevistas semiestructuradas que nos permitían explorar los significados culturales –para unas y otros– de los principales tipos de cambio de residencia de la pareja. Bajo esta óptica, términos como “apartarse”, “vivir solos”, “me mandó llamar”, “tener su casa” o “fundar un hogar” rebasaron por mucho el restringido ámbito de los arreglos residenciales. El análisis de los tres tipos de cambio residencial más frecuentes entre los matrimonios unidos en 1991 reveló que un mismo tipo puede tener distintos significados para una generación y otra, señal de los cambiantes derechos y obligaciones de padres e hijos en este contexto de cuestionamiento y ensayo de prácticas culturales. “No hay como vivir solos”.

Si bien muchas parejas de la primera generación pasaban largos años en la casa paterna del esposo, las que lograban independizarse reconocían el haber logrado una meta importante pues la vivienda propia abría la posibilidad de disponer de lo suyo; significaba la autosuficiencia alimenticia. “Si entraba un puño de maíz, era mío” declaró una nuera, afirmando el simbólico control directo del producto del trabajo agrícola del marido. En la gran mayoría de los casos, la separación de la casa paterna y del control de la generación mayor fue posible gracias a la emigración del esposo al Norte; incluso era un motivo expresado frecuentemente *para* emigrar.

En el marco de las mayores oportunidades y espacios de comunicación al alcance de los novios que caracterizó al período de cortejo de las parejas de la segunda generación así como la proliferación de construcción de viviendas por parte de migrantes solteros, es más común que marido y mujer comenten entre sí expresamente sus proyectos de independizarse de los padres. La estrategia puede consistir en residir con los suegros únicamente durante un período de ahorros para construir y/o amueblar y equipar la casa propia. Por ejemplo, Carolina, casada en 1990 con un migrante que había hecho su casa antes del matrimonio, explica que ella y su esposo acordaron este camino:

De novios a veces platicábamos de dónde íbamos a vivir. Pues que cuando nos casáramos luego luego cambiarse y vivir uno solo, tener su casa. Tenía él ya su casa. También decía que un tiempo aquí (en casa de padres del novio) mientras nos acomodábamos porque nomás la tenía parada pero nos faltaban muchos muebles. Por eso decía que primero aquí y luego allá. Así ya ahorrábamos para poder meterle a aquélla (casa).

Es de destacarse que la duración de la estancia en casa paterna del novio se ha acortado: en vez de varios años marcados por nacimientos de hijos, las parejas de la segunda generación a veces se apartan en cuestión de meses. La tendencia a una mayor neolocalidad se finca no únicamente en la proliferación de casas construidas por migrantes, sino también en la decisión cada vez más frecuente de residir juntos en Estados Unidos.

La “llamada al Norte”

Un segundo cambio residencial muy frecuente que debe verse como un paso hacia la independencia consiste en que el marido migrante “llame” a su esposa, dándole instrucciones para que se traslade a Estados Unidos a residir con él. Para la primera generación y aún inicialmente para la segunda, la práctica del emigrante de dejar depositada a la esposa en “el rancho” con sus suegros era prácticamente incuestionable. De manera reiterada, hombres y mujeres reportan esta práctica como costumbre. Por ejemplo, una esposa de migrante de 32 años de edad la reporta como algo natural:

Mi esposo ya vivía allá desde que estaba soltero; él ya tiene unos diez años viviendo allá. Cuando nos casamos no platicamos nada de dónde era que íbamos a vivir -si aquí o allá, ni yo le pregunté nada. De primero vivimos en casa de mis suegros y cuando él se fue me dejó ahí en casa con mis suegros. Todavía no tenía yo familia. No dije nada; ya ve que por acá así se acostumbra, que dejan a las esposas y ellos se van.

El hecho de que algunas esposas que acudieron a la llamada no se sintiesen agusto en Estados Unidos y se hayan regresado al rancho contribuyó a perpetuar la costumbre de “depositar” a la esposa con sus suegros en la localidad. El principal desasosiego de estas esposas en el Norte era la falta de redes familiares y el sentirse aislada y encerrada en la vivienda. Como expresa una de las primeras esposas migrantes llamadas por su cónyuge en los sesenta, en ocasiones el mismo marido exacerbaba el sentimiento de aislamiento:

No supe vivir allá. No me gustó porque no me sacaba. Nomás estaba encerrada todo el día. A veces cuando él descansaba tampoco me sacaba. Una que otra vez íbamos a la tienda a comprar comida. Yo no conocí allá porque el tiempo que duré no salí. Nomás asistía encerrada sin salir a ninguna parte. Él me dijo que no quería que me hiciera de amistades allá, porque allá las mujeres son muy carambas. Que si llegaban a invitarme a algún lado yo les pusiera algún pretexto y no fuera. No conocía a nadie, ni con quién platicar ni nada. Decía yo: siquiera estuviera en el rancho pa’ ver pasar la gente siquiera y ver la plaza. Yo no le decía nada a él de querer venirme porque uno está a lo que digan ellos. Él veía que me la pasaba triste y me dijo que mejor me viniera al rancho pues. Yo dije: “Ay, sí virgencita, yo mejor me voy pa’allá”. Pero nomás lo pensaba; no le decía a él.

En cambio, para la segunda generación, si bien la práctica de dejar a la esposa en Quiringüicharo sigue vigente, está siendo cuestionada cada vez más por hombres y mujeres. Las esposas mismas presionan para la reunificación con el marido, aduciendo que uno se casó para vivir juntos, no separados. La siguiente frase resume la posición femenina frecuentemente expresada de cuestionamiento del alejamiento de los esposos: “No es vida, uno allá y la otra acá”. Si bien muchas esposas prefieren la vida pueblerina ya conocida y dudan “hallarse en el otro lado” o temen la pasada de la frontera como ilegal, su convicción es que “es mejor vivir juntos que cada quién por su lado”. Irónicamente, la primera generación de madres –quienes en su mayoría se quedaron a esperar al marido emigrante– suele aconsejar a sus hijas e hijos que vivan juntos con sus cónyuges.

Llevarse a los padres al Norte

El tercer tipo de cambio residencial y la práctica más novedosa consiste en una decisión de uno o más hijos casados y residentes legales en Estados Unidos de llevarse a los padres de edad avanzada a aquel país para visitarlos por temporadas indefinidas y eventualmente para vivir allá. Producto de una combinación de consideraciones pragmáticas (e.g. costo de pasajes de avión) y afectivas, esta nueva práctica implica una inversión de la ayuda generacional de padres hacia los hijos que se materializaba muchas veces en padres arreglándoles sus papeles a los hijos menores de edad. Ahora se han documentado casos de hijos que tramitan su propia residencia o incluso decidan solicitar la ciudadanía estadounidense –entre otros motivos– para “arreglarles” a sus padres de edad avanzada.

El caso del matrimonio de la primera generación de Tomás y Maura basta como botón de muestra. Nueve de sus diez hijos (cinco mujeres y cinco varones) residen en Estados Unidos, quedándose a cargo de los padres la última hija soltera. Sólo tres de los emigrados tienen casa en el rancho y únicamente un hijo varón habla expresamente del retorno a Quiringüicharo en un futuro no muy remoto. En resumidas cuentas, al conjunto de los hijos les resulta mejor solución al dilema de velar por sus padres en su vejez estando lejos el tenerlos en Estados Unidos de visita indefinida o como residentes. Por ende, en 1993 los padres tramitaron sus pasaportes y visas para ir a la boda de uno de los hijos en Chicago, llevándose a los dos hijos solteros que aún vivían con ellos en el rancho. Desde ese entonces, la pareja de los padres ha transitado entre Chicago, California y el rancho de origen. Las temporadas más largas han sido en Chicago, donde se concentra la mayor parte de sus hijos y la madre ha podido recibir atención médica de un padecimiento grave.

La nueva práctica de llevarse a los padres al Norte es quizá uno de los indicios más claros de la transnacionalización de la vida cotidiana en Quiringüicharo. Actualmente incluso no migrantes tienen información sobre formas de vida en Estados Unidos por la vía de narraciones orales, fotografías, videocassettes, regalos y encargos de migrantes o bien de viajes de visita que pueden prolongarse y convertirse en estancias indefinidas de trabajo o de acompañamiento

de familiares. Esto es particularmente cierto para “El Ranchito”,⁹ la concentración de más de 250 personas originarias del pueblo de estudio en un conjunto de departamentos en los suburbios de Chicago. El acortamiento figurado de distancias en las mentes de las personas contrasta con lo que se imaginaban que era el Norte en las primeras décadas de la emigración. Como relata un octagenario, cuando alguien se iba al Norte les rezaban un rosario pues pensaban que no los volverían a ver. Decía la gente: “Sabrá Dios dónde estará ese Norte”. Para los residentes de Quiringüicharo en aquella época, podía haber sido el fin del mundo.

La existencia de varios casos de hombres de edad madura quienes, después de acumular varias décadas de trabajo en el Norte, extiendan su estancia para alcanzar la meta de la jubilación en dólares que les permitirá retornar definitivamente al poblado y vivir holgadamente constituye otro indicador de transnacionalización de proyectos familiares. En este sentido, para un número creciente de familias migrantes de Quiringüicharo, el rancho es un lugar de visita y convivencia familiar en las fiestas de fin de año y un refugio para la vejez, situación que Goldring (1992) reporta para otros pueblos migrantes. Esta transición ha sido percibida por el sacerdote local, quien ha viajado varias veces a visitar a sus feligreses en el Norte:

Cuando hay familia que crece allá, sobre todo si nace allá, varían sus planes, porque ya piensan en establecerse allá. Yo creo que a veces es inconcientemente o concientemente, pero se van arraigando allá y ya no regresan o sólo vienen de vacaciones.

Cambiantes concepciones sobre relaciones familiares y la fundación del hogar

La elección del lugar de residencia inicial y los eventuales cambios posteriores de morada están asociados a ciertos ajustes en las concepciones prevalecientes sobre lo que constituye un buen esposo(a), hijo(a) o padre (madre). A fin de explorar estos ideales, interrogamos a miembros de las dos generaciones de matrimonios al respecto; además de referirse a tipos ideales, en sus discursos reflexionaron frecuentemente sobre el grado en que su propia familia se adhería a dichos ideales.

En cuanto a la figura paterna, en ambas generaciones predomina una imagen de proveedor material y autoridad moral. Un buen padre ve por el bienestar de la mujer e hijos, se preocupa porque no les falte nada. Por su parte, la madre-esposa debe cuidar del marido y de sus hijos ya que –al atenderlos con amor y comprensión– cumple con sus obligaciones hogareñas. La mujer le debe obediencia al marido; no debe contradecirlo. Si bien este modelo de relaciones conyugales opera en gran medida, hay indicios de que la segunda generación lo está reformulando en cuando menos dos sentidos importantes.

9. El haber bautizado con un diminutivo del rancho de origen el nuevo contexto residencial y de convivencia entre paisanos representa una interesante apropiación de un espacio organizado de una manera totalmente ajena a su experiencia como habitantes rurales.

En primer lugar, no basta que el padre-esposo cumpla en términos de las necesidades materiales de su familia; debe ser comprensivo, amoroso y comunicativo con ella, saber darles consejos (“enseñarles el buen camino”) y orientarles en sus problemas. Esta exigencia adicional se refleja tanto directamente en el discurso de la segunda generación como un lamento en el caso de algunos matrimonios de la primera en donde estuvo ausente la comunicación entre esposos y entre padre e hijos. Por ejemplo, una esposa de migrante casada en los sesenta, quien fue mandada llamar al Norte, señala este problema: “Que platique con ellos [los hijos], que le den consejos buenos a sus hijos, que platique con uno. Pero la mera verdad nosotros no tenemos esa comunicación, así de que él diga: ¿Cómo ves? ¿Me convendrá? Pero no, ni cuenta se da uno de lo que hace.” Un padre migrante, casado en los sesenta, que fue uno de los primeros en llevarse a toda su familia a Estados Unidos a residir se autoevalúa así: “Me considero buen padre... no sé qué dirán ellos o qué pensarán, pero nunca les faltó qué comer. Mi error ha sido la falta de comunicación. Es que yo así he sido toda la vida, me ha faltado ponerme a platicar con ellos. Ha sido falta de comunicación por la misma ignorancia de uno”. La crítica al “padre de cheque” expresada por el sacerdote local también recalca la incorporación al concepto de padre ideal en esta localidad de la atención a las necesidades emocionales de la familia que encierra el reclamo de comunicación.

El segundo aspecto modificado del modelo concierne la obediencia de la esposa hacia su marido. Las mujeres más jóvenes reconocen que el esposo es la cabeza de la familia, pero en un marco de mayor entendimiento y comunicación entre los cónyuges, cuestionan una obediencia ciega. Una madre-esposa casada en 1992, quien vive con su marido y pequeño hijo en Chicago, expresa esta idea:

Es que aquí [en Quiringüicharo] dicen que ser una buena esposa es no contestarle al marido, que si te regaña, quedarte callada. Para mí eso no es ser buena esposa, jeso es ser tonta! Porque a ver, si él no tiene razón, ¿por qué te vas a quedar callada?... Es que yo digo que uno debe de ver quién tiene la razón. Si él no la tiene, uno tiene que decírselo y hacerle ver las cosas. Yo ¿por qué voy a decir sí, si sé que no está bien lo que dice?

Para ambas generaciones de matrimonios, es obligación de un buen hijo(a) atender a sus padres en su edad avanzada. Se trata de un deber entendido como un relevo generacional de la carga emocional y económica de la crianza, como una ley natural de la vida. Como expresa Teodoro de sesenta y tantos años respecto a su concepción de un buen hijo: “Que respeten a uno, que nunca se desatiendan de uno, pero eso sí es cosa de ellos ya. Pero esas son mis ideas porque yo tuve a mi padre y yo nunca me desatendí de él”.

No obstante, la obligación aquí expresada como un ideal no está sujeto a sanciones en caso de incumplimiento. En contraste con la primera generación de matrimonios, un hijo que en la actualidad decida construir su vivienda y apartarse de sus padres no es un hijo rebelde, mal agradecido, ni desobediente. Un hijo varón de Teodoro hace la siguiente reflexión, comparando su forma de pensar como soltero y como marido:

Yo fui el primero que me casé. Ya tenía construida aquí arriba [de la casa paterna] mi casa. No sé pero como que uno antes de casarse piensa diferente, como que está uno muy apegado a la familia y yo por eso construí aquí arriba porque yo quería seguir viviendo siempre con mis padres. Después piensa uno diferente. Yo platicué con el cura y le pregunté si estaba mal vivir mejor uno aparte y él me dijo que no, que estaba bien porque era mejor que los esposos vivieran separados de sus padres.

Estas reelaboraciones de los derechos y obligaciones de diferentes miembros del grupo familiar hacia los demás que ocurren en contextos permeados por procesos migratorios son poderosos argumentos a favor de la convivencia física de padres e hijos menores de edad y no casados. Al mismo tiempo no recomiendan (cuando no proscriben) esa convivencia en el caso de los hijos e hijas casados. De esta manera, las nociones del deber ser del marido, de la mujer y de los hijos influyen en la conceptualización del hogar –entendido como la convivencia armónica de esos integrantes– y guían sus prácticas concretas encaminadas a la elección del lugar de residencia por parte de la pareja y la injerencia o no de los padres en dicha decisión.

Migrantes, campos sociales transnacionales y el hogar

¿Cuáles son las implicaciones de las cambiantes prácticas respecto al lugar de residencia aquí documentadas para la fundación de un hogar, meta central del matrimonio cristiano? Al interrogar a hombres y mujeres, migrantes y no migrantes de Quiringüicharo, sobre su concepción de un hogar y dónde pensaban que habían fundado o fundarían el suyo, resalta que “hogar” no evoca una imagen de cuatro paredes bajo un techo en un lugar físicamente delimitado. Al contrario, el hogar existe en las mentes de estas personas involucradas en procesos de cambio socioeconómico y de transnacionalización como una imagen de unidad de la pareja de esposos y sus hijos,¹⁰ conviviendo en armonía. Para alcanzar dicha armonía, es necesario acatar los lineamientos de las identidades de género y cumplir con las responsabilidades correspondientes. Desde el punto de vista de una joven esposa de migrante, un hogar es: “Que esté uno con su esposo, con sus hijos, atendiendo uno al esposo como debe de ser”. Un migrante de retorno se imagina un hogar así: “Se hace al tener una esposa, de ahí tener sus hijos y vivir siempre juntos. Es mi esposa, mis hijos, tenerles su casa y hacerles sentir bien”.

Mientras que los esposos de la primera generación insistían más en el cumplimiento de obligaciones (el mantenimiento material de la familia por parte del jefe de hogar y las arduas labores de crianza y trabajo doméstico para la esposa) en su visión del hogar, los conceptos

10. Es significativo que en todos los casos los entrevistados consideraban la paternidad-maternidad un ingrediente del hogar. Una madre-esposa casada en 1975 incluso afirmó que “un hogar sin hijos no es hogar”. Otra casada en 1980 opinó que más que “los papeles” que sancionan legalmente el matrimonio, “los hijos son los que amarran”.

mencionados por parejas jóvenes fueron el respeto, la comprensión, el buen trato, el llevarse bien. Aunque varias esposas enfatizaron “salir de acuerdo en todo”, también reconocieron que ello no implicaba “hacer todo lo que él dice”. Es decir, se está negociando una nueva visión de la relación conyugal en la cual tenga cabida la de ayuda y el respeto mutuos.

Dada la costumbre de dejar a la esposa depositada cuando el hombre emigraba, para la primera generación la definición misma del hogar resultaba más sencilla: era el espacio físico habitado por la esposa y los hijos en el rancho, ya fuera un rincón dentro del solar paterno o una vivienda independiente. En la coyuntura actual, las jóvenes esposas expresan un mayor grado de ambigüedad y confusión ante la pregunta expresa de saber en dónde piensan fundar su hogar. Por ejemplo, una esposa depositada en casa de sus suegros respondió en 1997: “Nosotros no sabemos si aquí o allá (en un terreno comprado para fincar)”. Soledad, otra joven veinteañera quien se regresó de California al rancho con su marido en tanto se arreglara la residencia legal de ella en los Estados Unidos, expresa con claridad la incertidumbre de su hogar: “Estamos en el aire... aquí lo tenemos porque yo creo que un hogar se compone donde esté la familia junta, no donde esté la casa”.

El hallazgo más espectacular de este estudio es la tendencia en la segunda generación de matrimonios a que una mayor proporción de parejas opten por fundar su hogar en los suburbios de Chicago o en California y por criar y educar a los hijos allá. Al tomar esta decisión, se alejan (a veces concientemente, otras imperceptiblemente) de proyectos de vida directamente vinculados al ritmo de vida y aspiraciones de la mayoría de sus paisanos del pueblo de origen. Esta nueva práctica contrasta con la fundación de hogares pueblerinos por parte de la generación de sus propios padres en el período de despegue de la emigración masculina masiva hacia el Norte. Estos hombres –muchas veces sin consultar con su pareja– dejaban a la esposa e hijos en el rancho y forjaban proyectos de vida típicamente fincados en una explotación agrícola local, canalizando recursos hacia la adquisición de tierras y maquinaria.

No obstante, las evidencias de cambio en los patrones residenciales no pueden entenderse fuera del marco de las múltiples matices de prácticas culturales en entredicho:¹¹ al mismo tiempo que ciertas prácticas empiezan a resquebrajarse bajo la crítica de hombres y mujeres, y de autoridades morales como el cura, otras son estrenadas. Pero esto no ocurre en un simple proceso de selección cultural. La falta de parámetros firmes para orientar las acciones permite el ensayo de nuevas prácticas culturales, las cuales son susceptibles de ser sancionadas y/o difundidas. Dicha situación de indefinición resulta inquietante para muchos de los protagonistas (y analistas), alentadora para otros.

La indefinición del hogar del transmigrante se percibe en la siguiente respuesta de una niña pequeña de nueve años que en 1996 se trasladó con su madre y hermano mayor a reunirse

11. Gutmann (1996) analiza admirablemente un similar proceso contradictorio y ambiguo de redefinición de prácticas culturales en su estudio de masculinidades en una colonia de clase trabajadora del Distrito Federal en los años noventa.

con el padre en las afueras de Chicago. Al encontrarse de visita con su abuela en Quiringüicharo se le preguntó si prefería vivir en los Estados Unidos o en México:

A mí me gustaría seguir viviendo allá [en Chicago]. Mis papás no han dicho si nos vamos a quedar para siempre allá o nos vamos a regresar de nuevo a Quiringüicharo. Me gusta allá y acá, pero más allá porque allá están mis papás y mis tíos.

En el contexto de esta localidad claramente involucrada en procesos transnacionales, los transmigrantes intentan dejar abierta la mayor gama de opciones de residencia y de formas de vida posible. El caso de un migrante de retorno y su esposa centroamericana es ilustrativo de esta estrategia que supone la “transportabilidad” del hogar. Casados cada uno por segunda vez, ellos residieron juntos en California, donde procrearon un hijo. Recientemente, los tres integrantes de la familia se vinieron de manera escalonada a Michoacán con el plan de instalarse definitivamente en Quiringüicharo. No obstante, si no logran sus objetivos de estabilidad tanto económica como emocional que encierra su conceptualización del hogar como un estado de armonía familiar, consideran como otra opción ir a residir en el país de origen de la esposa, con el apoyo de sus familiares. De esta manera, el migrante transporta consigo a través de fronteras reales e imaginadas no sólo sus pertenencias más apreciadas, sus familiares y sus sueños, sino también el anhelado hogar.

Referencias bibliográficas

- GOLDRING, Luin .1992. *Diversity and Community in Transnational Migration: A Comparative Study of Two Mexico-U.S. Migrant Circuits*. Tesis doctoral, Universidad de Cornell.
- GRASMUCK, Sherri y Patricia B. PESSAR. 1991. *Between Two Islands. Dominican International Migration*. Berkeley: University of California Press.
- GUTMANN, Matthew C. 1996. *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*. Berkeley: University of California Press.
- HAREVEN, Tamara. 1987. “Family History at the Crossroads”. Tamara Hareven y A. Plakans (eds.). *Family History at the Crossroads*. Princeton: Princeton University Press, pp. vii-xxi.
- HARTMAN, Heidi. 1981. “The Family as the Locus of Gender, Class and Political Struggle: The Example of Housework”. *Signs* 6:3:366-394.
- HONDAGNEU-SOTELO, Pierrette. 1994. *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*. Berkeley: University of California Press.
- MALKIN, Victoria. 1999. “La reproducción de relaciones de género en la comunidad de migrantes mexicanos en New Rochelle, New York”. Gail Mummert (ed.). *Fronteras Fragmentadas*. Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 475-496.

- MUMMERT, Gail. 1992. “Dios, el Norte y la empacadora: La inserción de hombres y mujeres rurales en mercados de trabajo extralocales”. *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*. El Colegio de México-Fundación Friedrich Ebert-El Colegio de la Frontera Norte. México: pp. 243-256.
- . 1994. “From Metate to Despate: Rural Mexican Women’s Salaried Labor and the Redefinition of Gendered Spaces and Roles”. Heather Fowler-Salamini y Mary Kay Vaughan (eds.). *Women of the Mexican Countryside, 1850-1990*. Tucson y Londres: The University of Arizona Press, pp. 192-209.
- . 1996. “Cambios en la estructura y organización familiares en un contexto de emigración masculina y trabajo asalariado femenino: estudio de caso en un valle agrícola de Michoacán”. *Hogares, familias: desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*. México: SOMEDE, pp. 39-46.
- ROUSE, Roger. 1989. *Mexican Migration to the United States: Family Relations in the Development of a Transnational Migrant Circuit*. Tesis doctoral inédita, Stanford University.
- WOLF, Diane L. 1990. “Daughters, Decisions and Domination: An Empirical and Conceptual Critique of Household Strategies”. *Development and Change*, Vol. 21, pp. 43-74.

- PORTES, Alejandro y Patricia LANDOLT. 1996. "The Downside of Capital". *The American Prospect*, May-June.
- PORTES, Alejandro y Julia SENSENBRENNER. 1993. "Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action". *The American Journal of Sociology* 98(6):1320-ff.
- RITZER, George. 1996. *The McDonaldization of society: an investigation into the changing character of contemporary social life*. Thousand Oaks, Calif.: Pine Forge Press.
- RHOADES, R.E. 1978. "Intra-European Return Migration and Rural Development: Lessons from the Spanish Case". *Human Organization* 37(2):136-147.
- RICHMAN, Karen. 1992. "'A Lavalas at Home/ A Lavalas for Home': Inflections of Transnationalism in the Discourse of Haitian President Aristide". Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton (eds.). *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*. Nueva York: Annals of the New York Academy of Sciences, Vol. 645, pp. 189-200.
- SASSEN, Saskia. 1988. *The Mobility of Labor and Capital*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1996. *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*. Nueva York: Columbia University Press.
- SIDER, Gerald. 1992. "The Contradictions of Transnational Migration: A Discussion". Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton (eds.). *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*. Nueva York: Annals of the New York Academy of Sciences, Vol. 645, pp. 231-240.
- SIRI, Gabriel. 1996. "Uso productivo de las remesas familiares en El Salvador". Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social, Documento de Trabajo, No. 42. San Salvador, El Salvador.
- SMART, Alan y Josephine SMART. 1998. "Transnational Social Networks and Negotiated Identities in Interactions between Hong Kong and China". Michael Peter Smith y Luis Eduardo Guarnizo (eds.). *Transnationalism from Below. Comparative Urban and Community Research*, Vol. 6, pp. 103-129.